

LA MÚSICA POPULAR BASCONGADA.



En una de las bellísimas cartas que desde París escribía á un periódico de la corte el distinguido periodista y literato D. Eusebio Blasco, manifestaba, que en achaques de música popular, España triunfaba de las demás naciones.

Nada he de añadir á tan inapelable autoridad, sino que concretándose á la música popular bascongada, he de confesar paladinamente que nada he escuchado que posea mayor virilidad, y que con más fuego y relieve diseñe las afecciones del corazón humano, las diversas tensiones del entusiasmo y las más opuestas vibraciones de la pasión, desde la placidez que ondula suave, hasta la agitación borrascosa y el estallido frenético, gigante y desencadenado.

Que la robustez guerrera y vibrante y la ternura que definen á nuestros zortzikos han constituido un filon mañosamente escondido y explotado, y que el artificio y la educación artística han embellecido con cinceladuras y filigranas y soldado con engarces de oro las incorrecciones de la espontánea música popular, para luego presentarla como música original, es tan cierto, que todo aquel que tenga su oído medianamente educado, habrá exclamado al final de una página musical que ha labrado muchas reputaciones: eso es música de nuestro país: su autor un plagiarío que ha diluido y escondido la sávia de nuestra música popular, entre toda la hojarasca y relumbron de la instrumentación.

Esto sucede con repetida frecuencia, y puede afirmarse, sin incurrir en impostura, que el más inspirado autor de música ha arañado á hurtadillas algun hermoso motivo de la más genial y sublime de las músicas.

Es cierto que en la música popular existen torpezas en el diseño

y flagrantes violaciones de pedantes, académicos y fatigosos cánones consagrados por el uso, sublimidades peregrinas enlazadas á groseras chocarrerías que exigen purificacion y filtros, pero nada hay en ella de oropel y de esencias de frascos de tocador que el aire agría y corrompe, sino fragancia de flores que embriaga y enerva, oro puro manando como de una fuente, inspiracion fluyendo persistente é inagotable: y con tanta pasion la amo, que prefiero oir cualquiera de nuestros cantares populares, aun cuando lo cante un ciego y lo acompañe escarbando sus dedos en las cuerdas de zarramplina guitarra, á toda esa lluvia de metáforas, remolino de escarceos y saco de imagenes de los limados versos de Calderon, recitados por el actor más inimitable.

Huyo de buen grado de escribir un artículo incrustado de citas y salpicado de erudicion análoga á la de «el mentir de las estrellas», pues tengo la conviccion de que todos opinamos por exaltar la poesia y la música populares al más radiante trono: pero por desgracia acontece con ellas lo que en la corte de Felipe IV manifestó aquel poeta ciego y popular á quien preguntó el rey, y dióle la contestacion siguiente:

«¿Me han dicho que viertes perlas?
—Si, señor, mas son de cobre
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cogerlas.»

Esto es lo corriente: nuestro desdén y burla á la música popular: pero no falta algun ladino

«Que iba recogiendo
Las flores que yo arrojé,»

y que con nuevo pulimento y baño de galvanoplastia, nos dé vino de Burdeos, es decir, vino español por sus cuatro costados, pero adornado de monadas y frivolidades.

No trato de hacer el análisis de nuestros primorosos é inimitables cantos bascongados, ni mucho menos de describir la emocion que pueda causar á los nacidos en este país, y que hallándose fuera de él alivian su nostalgia con el recuerdo inflamante de los zortzikos, cuyas notas y estrofas gotean perlas: pretendo solo, por amargas que sean, decir unas cuantas verdades.

Tenemos que reconocer que no poseemos un pot-pourri de aires bascongados hábilmente hecho: para esto contamos con sobradas ca-

pacidades ¿por qué no lo hacen?... allá ellos: pero conste la censura.

Es indudable que donde mejor se acomoda la música popular es en los orfeones: ningún instrumento más maravilloso que la voz humana: ella se presta á la interpretación de todas las inflexiones y matices de la pasión, y pinta con más colorido: para ella nacieron y ella fué la primera que entonó nuestros zortzikos, extendiendo sus ondas melodiosas y círculos crecientes de limpia sonoridad para que vibrasen, repercutiendo en las cavidades de las ingentes montañas euskaldunas, volando por cima de nuestros tranquilos valles, ó cerniéndose sobre el picacho que taladra el cielo.

Así lo ha reconocido últimamente la prensa vitoriana en los hermosos artículos que consagra á la aparición de un orfeón en aquella nuestra hermana ciudad. Hacer lo contrario, esmerarse en cantar coros amplulosos, en que su robustez es enferma hinchazón, con letra soporífera y patriótera y en que la música es un tejido de plagios, escarapate de imágenes descoloridas, es ir á confundirse en la abigarrada multitud del día, borrar todo sabor local y desterrar el bello sello de raza.

Damos la enhorabuena al orfeón vitoriano, y deploramos que el orfeón de San Sebastian no imite su conducta, que es la más simpática y característica.

INOCENTE DE SORALUCE.

